



El Mundo
07/03/2017

ANTONIO MORENO

LITERATURA 'ESTRIDENTE Y DULCE'

EL PROUST DE LA GENERACIÓN CONSENTIDA

Adam Thirlwell sigue siendo el 'enfant terrible' de la literatura inglesa y lo demuestra en su última y digresiva novela

Laura Fernández Barcelona

Adam Thirlwell no es Bret Easton Ellis pero en su última novela, la digresiva y trepidante *Estridente y dulce* (Anagrama), lo parece. Aunque él insiste en que lo único que ha pasado entre su anterior novela, la muy incorrecta y divertida *La huida*, y ésta, es que ha leído a Marcel Proust. Todo Marcel Proust.

«No sé si se nota, pero en la historia, el hilo conductor es muy débil, todo lo sustenta la voz narrativa y su flujo de conciencia. Alguien que, como todos, por dentro es gigante, aunque por fuera parezca muy pequeño», dice el que, pese a que ha sido padre hace no demasiado –tiene una niña de 18 meses– sigue siendo algo así como el más tierno de los *enfants terribles* de la literatura anglosajona que ha existido en décadas.

Y lo cierto es que el protagonista de *Estridente y dulce* es un personaje *proustiano*, un post-Marcel sonriente y tremendamente inocente, perdido en un mundo, el de hoy, que nada sabe de brújulas ni orientacio-

nes, y por lo tanto, condenado a no dejar de hacerse preguntas que jamás tendrán respuesta.

«Sí, podría decirse que nuestra generación está condenada, que no tenemos salvación», asegura, sus enormes ojos algo ojerosos, y en pantalón de chándal, el pelo revuelto, desde el sofá del *hall* del hotel barcelonés en el que se hospeda. «Aunque habla del presente, mi sensación es de que la novela está ambientada en el pasado, en el pasado que ha llevado a que se produzca la catástrofe política que se produjo en 2016. La llegada de Trump al poder, el *Brexit*. No sé, estoy francamente asustado. Es curioso, pero estando aquí, en Europa, me siento a salvo. Ya no me siento así en Gran Bretaña. Aquí el marco de las cosas sigue siendo racional, allí, como en Estados Unidos, se ha vuelto irracional. Puede pasar cualquier cosa. Y la sensación es la de que va a ir a peor», dice.

Escribe, asegura, partiendo de aquello que ve que ocurre, y lo que ocurre en *Estridente y dulce* es que hay un tipo, casado con una chica en-

cantadora, que además trabaja muchísimo, y se gana bien la vida, cosa que él no hace, porque está en el paro, porque trabajar le aburría, y ese tipo, y su mujer, viven con sus padres, los padres de él.

Los padres, personajes secundarios, les sirven, y no hay remordimientos en el hijo, porque no hay nada señalando ningún tipo de camino correcto. ¿Hace bien, quedándose en casa? ¿Hace bien, no trabajando? ¿Hace bien acostándose con su mejor amiga, a espaldas de su mujer? ¿Hace bien atracando salones de uñas con su amigo y mentor Hiro, el tipo al que la pareja ha adoptado, que vive, también, con ellos, en casa de sus padres, por el mero hecho de atracar algo? No lo sabe. Porque nada le parece tan horrible, y a la vez todo se lo parece.

«No diría que es una sátira, porque en el fondo siento ternura hacia la gente de mi generación, que no sabe a dónde, ni cómo, ni por qué. En el fondo, todo esto, lo que estamos viviendo, es una trampa. Todo lo que sentimos es una profunda desconexión, una horrible desorientación», asegura el autor de *Política*, que, dice, en el fondo, tiene la sensación de haber vuelto a escribir aquella, su primera novela.

«La razón de que me interesen los tríos – un trío era el eje de *Política* y también hay más de uno en *Estridente y dulce* – es que un trío es una mini situación política» que siempre le interesa explorar, puesto que la vida, dice, «tiene múltiples lealtades» y estamos, todos, «perseguidos por el fantasma de las obligaciones que nos rodean». Califica a su narrador de «histórico», aunque admite que le ha permitido «decir cosas que yo jamás me atrevería a decir», y también ju-

gar a que todo sea posible.

«La idea del azar me fascina. En el fondo, todos somos pequeños infinitos, porque las posibilidades, en todo momento, son muchas, y todas ellas llevan a otras muchas, y en esa especie de locura en la que cada nuevo paso abre un infinito, vive el protagonista», apunta Thirlwell, que, además de a Proust, tenía en mente a Alan Pauls mientras escribía. En concreto, *El pasado*, una novela que, en su opinión, es tan modernista como el mismo Proust. Como James Joyce. Una novela en la que manda la digresión y en la que el protagonista vive, como el suyo propio, «aterrorizado por el pasado, por el hecho de que el tiempo transcurra».

Amante de la literatura latinoamericana, Thirlwell admite que, en parte, quería escribir una novela híbrida, que tuviera algo de latinoamericana, de ahí que haya, aquí y allá, palabras en español en el original. «Mi idea es que cada nuevo libro sea completamente distinto al anterior, aunque inevitablemente vuelvo siempre a los mismos temas. Pero el tono tiene que ser distinto, y la voz también. Tiene que ser un reto», asegura. ¿Y ha encontrado ya el siguiente? «Sí, ya estoy con algo nuevo, pero aún no sé bien qué es. Además, estoy coescribiendo el guión de *Estridente y dulce*, porque una compañía norteamericana quiere adaptarla al cine, y luego está mi hija. No tengo tanto tiempo como querría. Nunca he tenido rutinas a la hora de escribir, pero cuando estaba muy centrado, podía llegar a escribir durante todo el día, o toda la noche. Ahora sólo escribo cuando la canguro está en casa», contesta.